

C U A D E R N O S

PRAGMA

#1



EDITORIAL

A mediados de noviembre de 2018, poníamos en marcha la iniciativa “Movimiento Pragma”, con el objeto primordial de reflejar y compartir una inquietud que viene palpitando y adquiriendo consistencia durante los últimos años, manifestándose paulatinamente en ciertas obras y trabajos bajo etiquetas como *solarpunk*, *ecopunk* o *hopepunk*; o la reciente e interesantísima convocatoria de la Editorial Cerbero, “Actos de F. E.”, abogando por una aplicación pragmática del ejercicio especulativo; o, más reciente aún, el artículo publicado en el periódico The Guardian, que pone sobre la mesa sin tapujos aquella máxima de “renovarse o morir”, sentencia que constituye el núcleo de esa inquietud que podríamos resumir así:

El género de la ciencia ficción –o la ficción especulativa, si se prefiere– se ha quedado estancado en la distopía, por lo que necesita una revisión, nuevos enfoques, una actualización que le permita escapar del círculo vicioso de desencanto y pasividad de esa distopía en apariencia ineludible.

Convencidos de esta necesidad, y conscientes de sus múltiples facetas e implicaciones, pusimos en marcha esta iniciativa con la publicación del documento “Movimiento Pragma – Decálogo”, un punto de partida para proponer e iniciar, ante todo y sobre todo, un debate que entendemos necesario y estimular ese proceso de regeneración, de puesta al día de aquellas características que permitan al género seguir cumpliendo sus funciones esenciales, aquellas que lo hicieron merecedor de los títulos de “literatura de las ideas” y “literatura de nuestro tiempo”.

En los meses transcurridos desde entonces, la acogida de nuestra propuesta y el interés mostrado desde distintos ámbitos, tanto literarios como académicos, nos han animado a seguir investigando y profundizando en ella, tarea que ha dado lugar a interesantes confluencias y a un paulatino destilado de textos y reflexiones que creemos pueden servir para sustentar e ilustrar las múltiples facetas del conjunto de la propuesta y enriquecer cualquier debate al respecto y por ello merece la pena compartir.

Aunque signifique redundar en lo evidente, el objetivo primordial del conjunto de la propuesta y de esto que hemos bautizado como “Cuadernos Pragma” es divulgar, exponer y fomentar con intención aditiva el intercambio de ideas y reflexiones en torno al estado y la evolución del género literario de la ciencia ficción, y, si ello fuera posible, contribuir a ampliarlo y enriquecerlo.

Y, en cualquier caso, en nuestra nave nodriza estamos convencidos, como inquietos exploradores que somos, que lo interesante siempre está en el camino por recorrer. Así pues, el viaje continúa...

C U A D E R N O S PRAGMA

El proyecto “Fundación Asimov” y las actividades y propuestas inscritas dentro del mismo son iniciativa de la Asociación Cultural Club Social Otium.

Todos los derechos reservados.

© 2019, Asociación Cultural Club Social Otium

Paseo Torras i Bages 79 - 08030 Barcelona

NIF: G67215210

“Movimiento Pragma” - © 2018, Asociación Cultural Club Social Otium

“Cuadernos Pragma” - © 2019, Asociación Cultural Club Social Otium

“Premio Pragma” - © 2019, Asociación Cultural Club Social Otium

“Es tiempo de utopías”: © 2019, Ángel F. Bueno

Imagen de la portada: Jacek Yerka

Edición promocional. Prohibida su venta.

Queda permitida la copia digital y la transmisión digital de los Cuadernos Pragma, sin alterar su formato ni su contenido. Queda prohibida cualquier otra utilización sin el permiso expreso de la Asociación Cultural Club Social Otium.



Éste es un cuaderno interactivo.
Clica en los enlaces para acceder a
información complementaria.

Es tiempo de utopías

por Ángel F. Bueno

Tan antiguo como el propio *Homo sapiens* es su deseo de vivir en un mundo mejor, en lugares y destinos en los que un orden de las cosas equilibrado y justo aseguraría la felicidad y la dicha eternas, el bienestar definitivo. Es un anhelo hijo de nuestra singular e ineludible necesidad de resolver el permanente problema que nos plantea el imperativo de la supervivencia en la circunstancia que es el mundo, tan enigmático como hostil, tan asombroso como caótico, desconcertante e inmisericorde.

Acuciado y angustiado por tal imperativo, precisamente porque no sabe y necesita saber –o creer que sabe– para hacer frente al problema, el ser humano recurre a lo que tiene, a su intelecto, y compone explicaciones, reales o ficticias, tejidas a base de lo experimentado y de lo imaginado, relatos con los que ordenar su circunstancia y donde poder ubicarse para orientar y dar sentido a cada uno de sus pasos. Y dejemos señalado y dicho de buen principio que no le hacemos feos –¡muy al contrario!– a que tales relatos sean ficticios. Al ser humano, por defecto, la verdad le importa bastante menos de lo que pudiera parecer; prefiere que el relato se ajuste a su conveniencia y necesidad, prefiere que le sea útil a que sea verdad.

Sea como fuere, encontramos rastros de este constante ejercicio forzoso en el principio del tiempo humano, allí donde la historia del pensamiento, de las religiones, de las literaturas y las filosofías se confunden: poderosas deidades, potencias creadoras y destructoras, responsables de todo lo que sucede en el cosmos. Mitos con sus paraísos y sus infiernos, lugares y destinos que orientan e impulsan, que ordenan, regulan, recompensan o castigan, dando sentido y razón de ser al mundo y al constante quehacer que nos exige el instinto de seguir con vida.



Del “más allá” sobrenatural a los paraísos terrenales

Tales presencias, existencias y realidades imaginarias –pero no por ello menos útiles– que empezaron ubicadas “más allá”, en paraísos e infiernos extraterrenales regidos por poderes sobrenaturales, cambiaron su forma y carácter y se fueron trasladando “más acá” a medida que el conocimiento adquirido por la razón humana fijó su atención en la “naturaleza” como ente rector –mucho más próximo y palpable que cualquier olimpo–. Los paraísos y los infiernos extraterrenales, entonces, se imaginan y se pretenden aquí, en el mundo tangible, transmutados en sociedades perfectas, en mundos donde el mejor orden social concebible permite alcanzar la plenitud y el mayor bienestar imaginable. Otras configuraciones y explicaciones del mundo, otras sociedades que se encuentran... en ningún sitio, pues no son lugares, en realidad, sino ideas: utopías (del griego οὐ (u) y τόπος (topos) , no-lugar).⁽¹⁾

Este cambio de foco del más allá al más acá, origen del pensamiento filosófico y científico, también dará lugar y alimentará a la rama de la literatura que hoy denominamos utópica, en la que la combinación de raciocinio y ficción servirán para especular, reflexionar, cuestionar, proponer y desarrollar nuevos modelos y valores sociales, al amparo de la esfera lúdica, territorio de la ficción y lo imaginario, donde se permite jugar con las ideas con mayor libertad y menor riesgo –para la propia integridad–.

Consecuencia siempre de una necesidad de “horizonte estable” (aunque sea imaginario), de orden equilibrado y orientación, este ejercicio combinado de reflexión y ficción, esta literatura utópica, evolucionará y destilará sus jugos a lo largo de los periodos de grandes cambios de la historia humana, adquiriendo una identidad propia que los estudiosos de este género, tomando la obra *Utopía* de Tomás Moro como modelo, delimitan así:

⁽¹⁾ El término “utopía” fue acuñado por Tomás Moro, autor del libro conocido popularmente como *Utopía*, obra publicada en 1516 y que se considera el modelo que define el género de la literatura utópica.

[...] ... proponemos que se hable de utopía cuando, en el marco de un relato (lo que excluye los tratados políticos), figura descrita una comunidad (lo que excluye la robinsonada), organizada según ciertos principios políticos, económicos, morales, que restituyan la complejidad de la vida social (lo que excluye la edad de oro y la Arcadia), ya se presente como ideal que realizar (utopía constructiva) o como previsión de un infierno (la antiutopía moderna) y se sitúe en un espacio real o imaginario o también en el tiempo o aparezca, por último, descrita al final de un viaje imaginario, verosímil o no. [...]⁽²⁾

Sin duda, al lector aficionado a la ciencia ficción le vendrán a la cabeza sin demasiado esfuerzo varios títulos que encajarían perfectamente en este marco de la literatura utópica.

Utopías en tiempos de crisis

No es objeto de estas páginas un recorrido exhaustivo por los autores y las obras que pueden inscribirse en este género tan literario como filosófico. Podemos encontrar y seguir su evolución desde la Antigua Grecia –hace unos 2.400 años, cuando el filósofo Platón, considerado como el auténtico creador del género utópico, se servirá de la ficción para reflexionar y proponer modelos políticos y sociales en obras como el *Timeo*, el *Critias*, *La República* y *Las Leyes*– hasta los inicios del siglo XX, cuando se tornará antítesis de sí mismo –la anti utopía, la “utopía negativa”, la distopía– y cederá definitivamente el testigo de su labor a la ficción especulativa –conocida en sus variantes hoy más populares como “ciencia ficción”–, un vástago mejor adaptado a los nuevos tiempos.

Lo que sí se pretende aquí es señalar la necesidad de ese ejercicio, que se torna imperativo y fructífero en periodos de profunda crisis, entendida como cambio radical. Cuando el conocimiento adquirido y la tecnología derivada de dicho conocimiento nos cambian el mundo, nuestras sociedades y nuestras formas de vivir, nos resulta absolutamente necesario analizar, replantear y redefinir los modelos, pues los antiguos quedan obsoletos y se tornan ineficaces. Dicho de otro modo, el “viejo relato” ya no explica de forma convincente la realidad, la circunstancia vivida, y por lo tanto deja de sernos útil, de servirnos de orientación; ante el “nuevo problema”, sin “nuevo horizonte” definido, no sabemos qué hacer ni hacia dónde dirigirnos, sumiéndonos en el miedo, la confusión, el desasosiego, la angustia y la desidia.

No en vano la Antigua Grecia, el Renacimiento y el Humanismo, la Ilustración, la Revolución Industrial, puntos de inflexión y escalones del conocimiento racional orientado al progreso, la realización y el bienestar humanos, han sido los periodos en los que el género de la literatura utópica ha germinado y evolucionado, en creciente proliferación, dando sus frutos y destilados más sustanciosos.

Con intenciones propositivas, críticas –cualquier propuesta nueva lleva implícito cuestionar lo establecido–, incluso didácticas, algunos de estos viajes imaginarios novelados adoptaron un cariz satírico que contribuyó a popularizarlos como obras de

⁽²⁾ *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes - Raymond Trousson - 1979*

entretenimiento y evasión, convirtiéndose así en vehículo de transmisión ideológica, inyectando en el común tanto la crítica de lo establecido como las propuestas de modelos o variantes sociales, valores y comportamientos humanos, ideas y nuevos horizontes.

De las utopías clásicas a las ideologías modernas

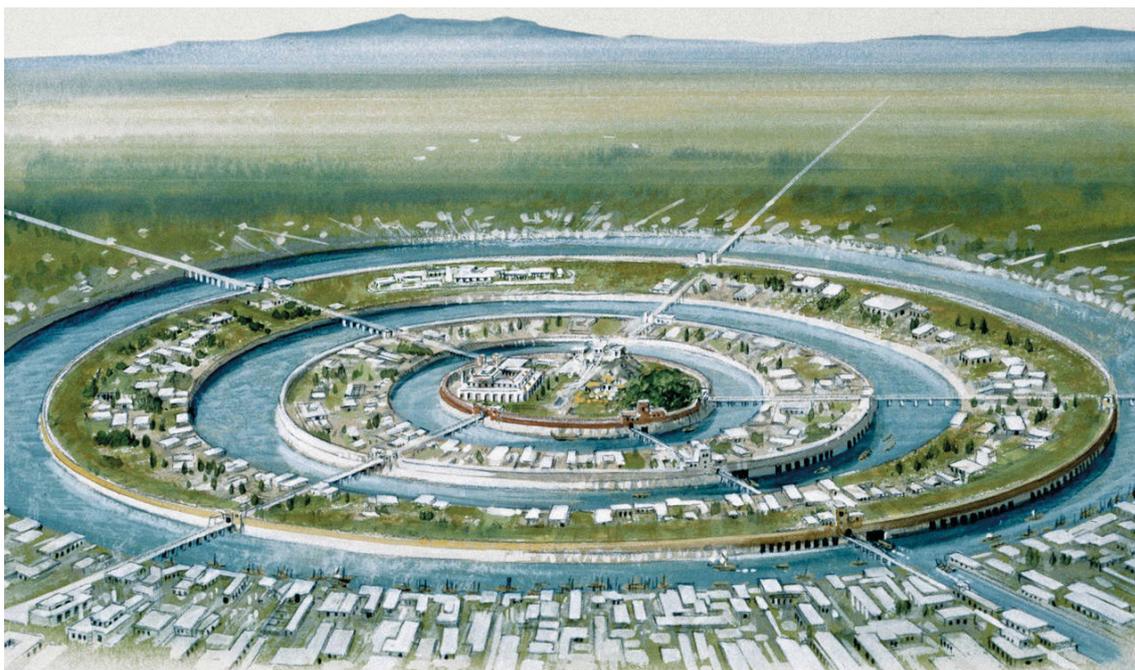
Como en otros tantos aspectos de ese complejo e intrincado ente que es la cultura humana, muchas veces se hace imposible dissociar dónde acaba la literatura utópica y dónde empieza el ensayo filosófico y/o político, hasta qué punto una cosa inspira o influye a otra, o si son variaciones de una misma cosa expresadas de distintos modos. Desde Platón hasta bien entrada la Revolución Industrial, ya en el siglo XIX, propuestas, conceptos y valores transitarán en ambas direcciones la membrana entre la obra de ficción y el tratado político y social, retroalimentándose e influyéndose mutuamente.

Entre la constante y ascendente producción de literatura utópica que culminaría en la Revolución Industrial, sirva de ejemplo ilustrativo el caso de *La Nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon, célebre filósofo, político, abogado y escritor, precursor del empirismo filosófico y científico, considerado el primer pensador de la época industrial y padre del utopismo tecnológico, que habría de influir en los mismísimos fundamentos de las ideologías modernas, hijas de la Revolución Industrial, desde las utopías socialistas a las capitalistas, pasando por el socialismo científico o comunista de Marx y Engels y el socialismo anarquista de Proudhon, Bakunin y Kropotkin.

Podemos aventurarnos a afirmar que las grandes líneas ideológicas de nuestro tiempo se elaboraron en clave “utópica”, imaginando a partir del conocimiento adquirido y la reflexión nuevos modelos sociales y humanos que inicialmente sólo existen como abstracciones, como ideas, como no-lugares y, sin embargo, como horizontes hacia los que caminar.

Cabalgando a lomos de los valores de la Ilustración, con el firme convencimiento de que la razón y el conocimiento humano –lo que equivale a decir las ciencias y las asombrosas y prometedoras tecnologías derivadas de tal conocimiento– permitirían la construcción de un mundo mejor, durante el siglo XVIII y en el marco de la Revolución Industrial, la literatura utópica sufrirá una paulatina transmutación tanto en sus formas como en su sentido. Habiendo alcanzado cotas de conocimiento y tecnología capaces de modificar el mundo, el ser humano se siente dueño de su destino, capaz de una mejora y un progreso constantes, y ante su mirada ingeniosa e imaginativa se proyectan horizontes de ilimitadas posibilidades... y peligros.

La materialización en el mundo real de las transformaciones y los cambios que supuestamente deberían significar nuevos modelos sociales de un progreso constante, abundancia y felicidad para todos gracias al conocimiento y la técnica, no tardarán en evidenciar sus fallas, sus dificultades y sus efectos secundarios en forma de desigualdad, de injusticia social y de lo que se considera “deshumanización”, dando lugar a una reacción frente al optimismo imperante. El mismo poder que podría permitirnos progresar plantea profundos dilemas, no parece dar los resultados deseados, incluso puede destruirnos.



La legendaria Atlántida, ciudad modélica mencionada ya por Platón.

De la literatura utópica a la *science fiction*

La literatura utópica tal y como la conocíamos empezará a imaginar y elaborar en sus ficciones situaciones hipotéticas –¿qué pasaría si...?– en las que el ser humano se enfrenta a tales cambios y dilemas, y las proyectará hacia el futuro, incluso hacia otros mundos, en un ejercicio de especulación que combina las situaciones supuestamente deseables, utópicas, con la crítica y la advertencia de los peligros sociales y humanos del conocimiento y desarrollo tecnológico que tanto optimismo venían desatando. La literatura utópica se torna ficción especulativa, una tendencia, expresión del sentir de la época, a la que el poeta británico William Wilson denominaría en su *A Little Earnest Book upon A Great Old Subject* (1851) como *science fiction*, la ficción científica, la “ciencia ficción”.

De nuevo, lo que nos interesa ahora no es la historia de la ciencia ficción, sus autores y sus obras, sino la variación en el carácter de la literatura utópica –y, por tanto, el cambio de foco del ejercicio reflexivo, crítico y propositivo que nos ocupa–, que cederá el testigo de la inevitable necesidad de ordenar, proyectar y dar sentido al mundo a su vástago, la ficción científica. Las obras de los considerados progenitores del género (Shelley, Verne, Wells, por citar a los más populares) nos sirven de muestra para apreciar la variada mixtura de tal ejercicio: reflexión y exposición de los dilemas que plantea la ciencia y la tecnología y sus aplicaciones; proyección de posibilidades a partir de la ciencia y la tecnología del momento en clave de aventura; crítica a las utopías definidas hasta el momento y a los sistemas sociales en ciernes... incubando en su seno las semillas de peligro, advertencia y decepción –¡la Revolución Francesa no dio los resultados esperados!– que ya empezaron a latir durante el siglo XVIII. Las propuestas optimistas y su mera posibilidad son puestas en duda y se advierte a los incautos de caer en sus redes ilusorias. Entra en escena el enemigo mortal de toda utopía: la Historia⁽³⁾, que no

es otra cosa que el relato de la acción del ser humano y su contradictoria naturaleza. Es el fin de las tan consoladoras verdades absolutas, y el ejercicio filosófico se instala en los territorios del nihilismo existencial.

En esta tesitura, adoptando y manteniendo en muchos casos el formato de las ficciones utópicas clásicas –viajes extraordinarios a lugares y tiempos imaginarios– la ficción especulativa, la *science fiction*, sustituirá de forma paulatina a la literatura utópica clásica y asumirá la labor de ese ejercicio necesario de pensar el mundo e ir imaginando y proyectando horizontes, por admonitorios y oscuros que sean. Sin embargo, su intención dejará de ser la propuesta de nuevos modelos y sistemas sociales y su funcionamiento, para poner el foco en el propio ser humano y en el sentido de su existencia, centrándose en los dilemas planteados por la ciencia y la tecnología y en la crítica social y de las utopías ideológicas ya conocidas.

Si la literatura utópica clásica imaginó, influyó e inspiró ideologías, modelos y sistemas sociales, la *science fiction*, en la inmensa mayoría de los casos, sólo describirá sociedades y lugares supuestamente utópicos como telón de fondo y escenario sobre los que destacar los dilemas del ser humano y su paradójica naturaleza, capaz tanto de los logros más asombrosos como de la crueldad y la destrucción más absoluta, escenarios que serán críticas, versiones, extrapolaciones o proyecciones de los modelos sociales ya concebidos e implantados en el mundo real.

Podemos decir que las utopías clásicas –y por lo tanto las ideologías clásicas, que son con las que venimos funcionando mejor o peor– formulan modelos, valores y sistemas sociales y pretenden embutir en ellos a un ser humano que se concibe como algo moldeable –la *tabula rasa*–, bueno por naturaleza –el buen salvaje– o conducido por un ente inmaterial que tiende a la perfección –el alma–. La *science fiction*, con lo que la ciencia le va revelando, invertirá los términos: la naturaleza humana, resultado de millones de años de evolución biológica, no se moldea ni se embute así como así en la circunstancia –su naturaleza le empuja a modificarla a su conveniencia– y enfrentará al ser humano a sus propias creaciones, sean intelectuales o materiales. No en vano, Isaac Asimov definió la *science fiction* como [...] ... rama de la literatura que trata sobre las respuestas humanas a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología. [...]

De la advertencia crítica al miedo apocalíptico

El curso de los acontecimientos durante la primera mitad del siglo XX –la I Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la II Guerra Mundial y la bomba atómica, la Revolución Digital y Biotecnológica, un nuevo salto científico y tecnológico que acelerará y pondrá al mundo más patas arriba si cabe... –asentará la reacción frente al optimismo y la confianza atesorados desde el Renacimiento y basados en el poder de la razón, en el conocimiento científico, en el progreso sin precedentes que la Revolución Industrial auguraba.

La II Guerra Mundial y la bomba atómica remachan la decepción, el temor y la desconfianza hacia una ciencia y un potencial tecnológico utilizados para la muerte y la

³ Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes - Raymond Trousson - 1979

destrucción. La advertencia alcanzará dimensiones apocalípticas: destrucción nuclear, guerras biológicas, desastres climáticos globales... La extinción de la especie humana a manos de la propia especie humana, su ciencia y su tecnología.

El signo de cualquier ejercicio utópico quedará invertido en “utopía negativa”, “anti-utopía” o, como acabaremos denominándolo, en “distopía”. Una buena parte de la ficción especulativa narrará –y propagará– situaciones, lugares, sociedades, futuros imaginarios en los que impera el miedo y el progreso no conduce al ser humano hacia su felicidad, su bienestar y plenitud, sino hacia su deshumanización, su alienación, su decadencia y su potencial desaparición.

Esta tendencia y carácter de signo pesimista, negativo y desesperanzado acabará filtrándose e impregnando una buena parte del ejercicio de ficción especulativa hasta nuestros días, hasta el punto de que, para algunos críticos, toda ficción especulativa, toda *science fiction*, es necesariamente distópica. Tal es así que, en el imaginario popular, se suele asociar de forma casi automática la ciencia ficción con alguna de las obras distópicas más emblemáticas y populares –popularidad que es signo de su penetración en la corriente general de la cultura contemporánea–: *Nosotros* (1920), *Un mundo feliz* (1932), *1984* (1949) o *Fahrenheit 451* (1953).



Fotograma de la película *1984* (1984 - Virgin Films).

En este punto, conviene subrayar, aunque sea con trazo grueso, cómo este ejercicio de especulación en clave de ficción, adopte la forma que adopte y se fije en lo que se fije, no sólo se mantiene sino que además se populariza hasta convertirse en una de las piedras angulares de la cultura popular de nuestro tiempo.

Será en este contexto de la primera mitad del siglo XX cuando la *science fiction* empezará a infiltrarse en la cultura popular a través de revistas *pulp* que inicialmente sirven de entretenimiento y evasión a la sociedad de posguerra –entre 1920 y 1930–, publicaciones que, a pesar de todos sus tópicos y su escasa preocupación por el contenido y el rigor estrictamente científico, servirían para acercar al gran público la obra de los progenitores del género (Bellamy, Verne, Conan Doyle, Wells, Edgar Allan Poe, Burrou-

ghs, Lovecraft...) –introduciendo así el ejercicio especulativo y crítico que conlleva– al tiempo que lo ayudan a familiarizarse y a intentar digerir –a ubicarse de algún modo, a fin de cuentas– el cambiante mundo acelerado por la ciencia, la tecnología y sus posibilidades tan asombrosas como inquietantes: robots, viajes y naves espaciales, formas de vida alienígena, planetas y galaxias, viajes en el tiempo, imperios estelares y universos paralelos, mutantes, clones, ingeniería genética, inteligencias artificiales... Por muy disoluto que fuera el tratamiento de estos temas, la ficción, una vez más, resultaría de utilidad para convivir con la realidad que subyace en ellos.

A lo largo de dos siglos, el género literario que conocemos como ciencia ficción evolucionaría y maduraría, tanto en fondo como en forma, adquiriendo de forma paulatina mayor consistencia y plausibilidad en cuanto a sus bases científicas –que abarcarán tanto las ciencias puras como las sociales–, hasta granjearse títulos como “la literatura de nuestro tiempo” o incluso “la filosofía de nuestro tiempo”. Sus expresiones y adaptaciones gráficas y audiovisuales –cómic, cine y televisión– no harían más que amplificar e intensificar el nivel de penetración de ese tipo de narraciones, entornos y personajes en la cultura popular y la oferta de entretenimiento del gran público.

Tras el drama y la conmoción de los horrores de la II GM, la Humanidad pareció hacer acto de contrición y propósito de enmienda, y durante un par de décadas soplaron nuevos vientos de esperanza. El “paz y amor” del movimiento hippie, con sus comunas, o las Naciones Unidas, intento de materializar una comunidad internacional trabajando al unísono por el progreso de la humanidad, son muestra de intentos de recuperación de planteamientos utópicos clásicos. Al menor repunte de optimismo y esperanza, volvíamos a imaginar (necesitamos hacerlo) la posibilidad de un mundo mejor.

En la ciencia ficción, habiendo superado su adolescencia, las revistas se convertirán en libros, y de los quioscos pasarán a las librerías y las bibliotecas. Los autores hoy ya clásicos del género seguirían explorando, reflexionando y proyectando posibilidades y situaciones, hablándonos del presente vivido, de sus dilemas y riesgos. Sin embargo, como ya hemos señalado, cualquier muestra utópica, salvo en muy contadas excepciones, quedará relegada a paisaje de fondo o de contraste, sin entrar en profundidad en su desarrollo, tal y como era característico en el género antecesor de la literatura utópica. Sirva de ejemplo circunscrito en esa época la serie televisiva *Star Trek* (1969), que introdujo en todos los hogares a través de la pequeña pantalla la esperanza en un futuro y un ser humano mejores, pero sin explicarnos o exponer una propuesta para llegar hasta ahí.

Del apocalipsis a la desidia

Sin embargo, el “estertor utópico” de posguerra quedaría en algo pasajero y sería rápidamente neutralizado, pues, a pesar de los pesares, la progresión de los conocimientos científicos y la tecnología seguiría creciendo de forma exponencial, provocando cambios en el mundo a una velocidad nunca vista, cambios que venían a añadirse a aquellos con los que aún nos batíamos y de los que tanto recelábamos. Es decir, con cambios aún por digerir –que es lo mismo que decir, con problemáticas aún por resolver– los nuevos y veloces cambios de la flamante Revolución Digital y Biotecnológica –simbolizada por las computadoras– no hicieron más que incrementar la desubicación.

Como decía el filósofo Ortega y Gasset: “No sabemos lo que pasa; y eso es precisamente lo que nos pasa”. Así, envueltos en los temores y la sensación de caos, confusión y desorientación que acompañan a todos los periodos de cambio disruptivo, el pesimismo, el descontento, la decepción y la desesperanza instalados previamente se verían reafirmados por las grandes crisis económicas y de sistema de finales de los 70: la corrupción y la obsolescencia de las estructuras políticas y económicas, la injusticia, la desigualdad social, las amenazas tanto potenciales como efectivas, propagarán y asentarán una temerosa sensación de engaño y descreimiento generalizado, la desconfianza en la razón y la idea del progreso, en la ciencia y la tecnología por su mal uso, sea para perpetuar las estructuras de poder existentes o para la destrucción. Se asienta la idea de que no hay cambio posible: los seres humanos son como son y por su propia naturaleza estamos abocados a la autodestrucción. Los intentos de aplicar las utopías (las ideologías) han acabado perjudicando al supuesto bien común que debían generar, pues han producido regímenes dictatoriales, menos libertad, más desigualdad. Cualquier planteamiento utópico –incluso el propio término “utopía”– quedará asociado a una forma u otra de totalitarismo, por exigir gran planificación y por el hecho de que, al intentar ponerlo en práctica, el resultado es que indefectiblemente unos pocos toman el poder y tratan de eliminar cualquier oposición.

El espíritu del fin del siglo XX quedará expresado en una consigna tan breve como explícita: “no hay futuro”. Y si lo hay, es oscuro, muy oscuro. ¿Quién va a querer dar un solo paso hacia el futuro?



Fotograma de la película *Mad Max: Fury Road* (2015 - Village Roadshow Pictures).

Se abandona cualquier intento utópico. Estamos condenados a la distopía, aquí y ahora, no hay hacia donde ir, y todo lo que se puede hacer es resistir para sobrevivir. Incluso se pretenderá deconstruir el conocimiento científico adquirido y dismantelar los valores racionales de la Ilustración. La ciencia ficción, como proyección del presente vivido, recogerá, expresará y reincidirá en este sentir hasta dar lugar a un subgénero propio que habría de imperar hasta nuestros días: el *cyberpunk*, término acuñado por el escritor Bruce Bethcke como título para uno de sus relatos cortos escrito en 1980.

Las ficciones *cyberpunk* son narraciones de estética oscura en las que se da un punto de vista pesimista acerca de las aplicaciones de los desarrollos científicos y tecnológicos del momento. Adoptando en muchos casos los recursos de la novela negra, sus historias transcurren en futuros generalmente distópicos, muchas veces apocalípticos, principalmente en entornos urbanos degradados, en paisajes desolados por alguna catástrofe ecológica, o en mundos artificiales generados por las computadoras, donde el ser humano ha sido alienado por un alto grado de sofisticación técnica que, sin embargo, va unida a una pérdida de condiciones sociales y a lo que se entiende como una progresiva deshumanización.

El principal interés de este tipo de narraciones radica en la reflexión, la crítica y la desesperanzada advertencia sobre los potenciales peligros de los avances científicos y tecnológicos y en la conclusión de que un mal uso de ellos puede traer consecuencias negativas para el individuo y la sociedad, algo que se trata casi siempre como inevitable. Así mismo, y de forma casi sistemática, constituyen una crítica a la idea de progreso, incluso a la propia razón, rayando en ocasiones con el primitivismo, y a las utopías sociales –todo el espectro conocido de ideologías– que, definitivamente, no han cumplido sus promesas de bienestar y justicia para la mayoría, sino todo lo contrario. Son historias de personajes cínicos, nihilistas y antiheroicos, tratando de sobrevivir ante lo inevitable en escenarios de carga visual y fuerza estética notables: *hackers*, proscritos o marginados, tecnología omnipresente, oscuras mega ciudades, pérfidas megacorporaciones globales, entornos virtuales, formas de vidas artificial, ciborgs, implantes neuronales...

Inmerso en el torbellino de un cambio de era, en un mundo acelerado hasta lo inaprensible por la ciencia y la tecnología, para un ser humano desubicado, desengañado y temeroso, las visiones distópicas del *cyberpunk*, tanto en lo ideológico como en lo estético, se convertirán en la versión, el relato predominante de la realidad, popularizado en gran medida por el cine a partir de la película *Blade Runner* (1982), obra que, en términos de cultura popular, podemos considerar el “cánon del *cyberpunk*”, sobre todo por su fuerza estética, quizá su rasgo más notable e imitado y que viene influyendo en una buena parte de la moda y las expresiones audiovisuales hasta nuestro días.



Desde *Blade Runner* (1982), la fuerza estética del *cyberpunk* sigue dando de sí...

Con el *cyberpunk* quedará instaurado el imperio de la distopía, y el grueso de la producción de la *science fiction*, de la ficción especulativa, así lo atestiguará y reproducirá hasta un opresivo hartazgo que dará lugar a un resurgir de lo meramente fantástico, de ficciones regidas de nuevo por lo espiritual y/o sobrenatural, en las que la plausibilidad racional de lo extraño y de lo asombroso quedará relegada a un segundo plano, o incluso desaparecerá, para refugiarse de nuevo en “paraísos perdidos” en un intento –totalmente legítimo, por otra parte, dada la necesidad humana que nos ocupa– de distanciamiento nostálgico y evasión analgésica. Un retorno al fondo conocido de la cueva.



Así, con este enfoque y ánimo cerrábamos el siglo XX y hemos encarado el XXI, al parecer sin horizontes utópicos, mitigando la desubicación, los temores y la desesperanza a base de toda forma de hedonismo sedante, arrastrando un pesimismo y una desidia sustentados por toda una serie de factores que, a modo de recapitulación, podemos resumir así:

- Los avances científicos y sus aplicaciones tecnológicas –es decir, el producto de la razón– han solucionado muchos problemas, pero también, como “profetizaron” las antiutopías, han llevado a situaciones indeseables, como la destrucción del medio ambiente o las catástrofes nucleares. La razón y los principios y valores de la Ilustración, fundamentos del progreso que, con todas sus imperfecciones, hoy disfrutamos, están en entredicho y en un retroceso sumamente peligroso, puesto que el avance de la ciencia y de la tecnología no solo no se detiene, sino que acelera y crece de forma exponencial.
- Los intentos de implantar sociedades igualitarias a partir de una planificación estatal han dado lugar a regímenes totalitarios o a sociedades fuertemente burocratizadas.
- La ideología del mercado, tantas veces presentada como la única utopía viable, no parece ser capaz de resolver una situación donde una buena parte del planeta se encuentra en condiciones de extrema pobreza o de miseria absoluta.

– Los medios de comunicación y las redes de información uniforman conductas, culturas, tradiciones y creencias. Por un lado, la identidad individual se diluye y, por otro, no hemos configurado, ni mucho menos asimilado, una identidad colectiva, que se corresponda con el paradigma global, dando lugar a una incapacidad imaginativa, llamémosle así, para hacer frente a los problemas. El paleoantropólogo Juan Luis Arsuaga expone con claridad este aspecto fundamental:

[...] *Como resultado final de nuestra historia evolutiva conviven en cada uno de nosotros dos identidades, la individual y la colectiva. Negar la existencia de cualquiera de las dos naturalezas humanas es cerrar los ojos a la realidad. Mientras que la identidad individual nos empuja al egoísmo y a la insolidaridad, la colectiva nos puede llevar al abismo, porque nos hace fácilmente manipulables.* [...]

[...] *¿Será posible que algún día el ser humano pueda superar su permanente contradicción entre el individuo y el grupo? ¿Nos habrá conducido la evolución hacia un callejón sin salida?* [...] ⁽⁴⁾

– El agotamiento de las perspectivas utópicas nos ha forzado a una aceptación del realismo político –que sigue arrastrando estructuras feudales, anclado en los modelos utópicos decimonónicos, desprovisto de credibilidad y aceptado únicamente como el menor de los posibles males–. Hay quien defiende que debemos renunciar a la formulación de utopías y limitarnos a verlas venir y tratar de afrontar las cosas según se presenten; es decir, a improvisar, estrategia cuya eficacia resulta cuando menos dudosa.



Fotograma de la película *They Live* (1988 - Universal Pictures).

⁽⁴⁾ *El collar del neandertal* – Juan Luis Arsuaga - 1999

Y sin embargo...

Sea como fuere, las cosas están como están: nos encontramos en la eclosión de un cambio de era que se acumula, por lo exponencial del avance científico y tecnológico, sobre lo que aún nos queda por asimilar y resolver del anterior cambio disruptivo –la Revolución Industrial–, con todos los dilemas, riesgos, problemas y posibilidades que ello plantea. La circunstancia es la que es, y, como en todo periodo de cambios convulsos, la necesidad humana ineludible de modelos y horizontes útiles se eleva hoy a la enésima potencia. Necesitamos de nuevas propuestas, valores, ideas que dibujen nuevas líneas de horizonte hacia donde caminar. Propuestas que consideren lo aprendido de los errores y la amplia reflexión crítica y admonitoria elaborada, sí, pero sobre todo que profundicen a partir del conocimiento actualizado, de lo que sabemos hoy del mundo y, sobre todo, de nosotros mismos, que no es lo mismo que lo que sabíamos en el siglo XIX. Necesitamos no una Utopía con mayúscula, sino utopías con minúscula –como decía el ya desaparecido Jorge Wagensberg en su magnífico libro *Ideas sobre la complejidad del mundo*–, tantas como vayamos necesitando en cada situación, esta vez con plena consciencia de su condición de inalcanzables y su primordial función impulsora, pues el fenómeno vida no es una meta estática, fin de todo movimiento; es acción, evolución y adaptación constante. He ahí el peligro del círculo vicioso de la distopía en la que nos hemos instalado, pues el “no hay nada que se pueda hacer”, además de un cómodo mantra que exime de esfuerzos y responsabilidades, significa el estancamiento, la decadencia y la victoria final del supervillano de nuestro relato: la entropía.

Y así, y como no podía ser de otra manera, pues nuestra propia naturaleza nos obliga, durante la última década vuelve a burbujear en el subsuelo ese caldo de cultivo a base de pasado aprendido, presente vivido y futuro vislumbrado y deseado, agitándose en un azaroso juego de permutación de ideas, intentando expresarse en todas las formas de las que el ingenio humano es capaz. Es tiempo de utopías. A poco que nos esforcemos en levantarnos de nuestro sillón de las lamentaciones encontraremos sus primeros brotes, pugnando por enraizar, florecer y dar sus frutos, sabedores de que las circunstancias los someterán a la implacable prueba de la adaptación, pero cumpliendo en, cualquier caso, su función de impulsarnos, siempre, más allá.

Ángel F. Bueno es fundador y director del proyecto “Fundación Asimov”.

CONVOCATORIA

I PREMIO PRAGMA DE RELATO DE CIENCIA FICCIÓN

2019/2020

Con el objeto de promover la creación literaria en el ámbito de la ciencia ficción y el espíritu reflexivo, crítico y propositivo del “Manifiesto Pragma”, iniciativa inscrita dentro del proyecto “Fundación Asimov”, convocamos el *I Premio Pragma de relato de ciencia ficción*, cuyas bases se exponen a continuación:

Bases del premio

1. Podrán optar **relatos originales e inéditos pertenecientes al género de la Ciencia Ficción** (ficción especulativa de base científica) que:
 - a. Estén escritos en castellano y no se presenten simultáneamente a ningún otro premio literario.
 - b. Estén ambientados en el presente, presente alternativo o futuro próximo.
 - c. Recojan el espíritu propositivo del Manifiesto Pragma y describan mejoras objetivas a la situación del mundo actual y los medios para alcanzarlas. Aunque esta descripción contenga elementos especulativos, debe sostenerse sobre una base científica y socialmente verosímil.
2. Las obras presentadas no deben estar formadas por varios relatos independientes, a no ser que haya una continuidad temática y narrativa entre ellos.
3. Los manuscritos deberán tener una extensión mínima de 15.000 y máxima de 25.000 palabras. Se presentarán de forma electrónica en tamaño A4, con letra Times New Roman de 12 pt y espaciado 1,5. Se enviarán en formato Word o RTF (no PDF), sin mención alguna en el texto o en los metadatos al nombre del autor o autora.
4. **El plazo de admisión** de los originales será **desde el 1 de septiembre de 2019 hasta el 21 de marzo de 2020**. Los manuscritos deberán ser remitidos por correo electrónico al proyecto “Fundación Asimov” (info@fundacionasimov.org). En el asunto del correo se indicará “Premio Pragma”. En el **cuerpo** del correo figurará el título de la obra y el lema o pseudónimo bajo el que se presenta. A este correo se adjuntará el archivo con el **manuscrito**, cuyo nombre será el título de la obra (por ejemplo: “El mañana nos espera.rtf”), y el archivo con la **plica**, cuyo nombre será el título seguido por “- plica” (por ejemplo: “El mañana nos espera - plica.rtf”). El archivo de la plica contendrá el nombre del autor o autora y sus datos de contacto (dirección electrónica y teléfono).
5. Se establece un **premio de 500 euros y dos accesits**. A criterio del jurado, cualquiera de los premios podrá declararse desierto.

6. El **fallo del jurado**, que será inapelable, se hará público el **21 de junio de 2020** mediante comunicación en las redes sociales del proyecto “Fundación Asimov”.
7. Se publicará un volumen que contendrá, como mínimo, las obras premiadas, y será editado y **publicado** por Apache Libros. Los autores, por el hecho de presentar sus obras al certamen, se comprometen a colaborar en la edición y ceden sus derechos al proyecto “Fundación Asimov” durante el plazo que se establezca, renunciando a cualquier remuneración económica que resulte de la publicación.
8. El jurado del certamen estará compuesto por:
9. **Teresa López-Pellisa**: Doctora en Humanidades (Área de Literatura), profesora de la Universidad de las Islas Baleares y antologista especializada en ciencia ficción y literatura fantástica.
10. **Francisco Martorell Campos**: Doctor en Filosofía por la Universidad de Valencia y autor del libro Soñar de otro modo. Cómo perdimos la utopía y cómo recuperarla.
11. **Salvador Bayarri**: Doctor en Física, divulgador y autor de ciencia ficción.
12. **Comisión del proyecto “Fundación Asimov”** (una representación compuesta por Jaime Paz, Juan Miguel de la Torre y Ángel F. Bueno, con un solo voto conjunto).
13. No se mantendrá correspondencia con los participantes.
14. **La participación en el certamen supone la aceptación de sus bases.**

Barcelona, julio de 2019

C U A D E R N O S
PRAGMA



www.fundacionasimov.org

